

belde, y limosna de vida á este muerto. Pues no me disteis perros que lamiesen mis llagas, sino vuestra preciosa sangre que me las bañase y lavase, sienta yo su virtud en que todo me convierta á vuestro gusto y voluntad. Acaben, Señor, desde ahora para siempre mis huidas, mis contradicciones y desobediencias. Llevad á Vos todo mi corazón, todo mi amor, todas mis potencias y toda mi alma. Recobrad, buen Jesús, de las manos de mis enemigos, lo que es vuestro; recogedlo, tenedlo, poseedlo para siempre, mi Jesús.

¿No haréis, Señor, que me arroje de sí el mundo y que me desprecie y me tenga por indigno de si por amor vuestro? Esto hizo al que nació ciego, que confesaba vuestras maravillas, y sin veros recibió de Vos vista; y cuando arrojado del mundo por ser vuestro no sabía buscaros, Vos le buscasteis y entonces le hallasteis digno de veros con los ojos que le disteis, cuando sufrió por vuestro amor que el mundo no le quisiese ver como maldito. Entonces os vió; entonces os conoció; entonces os adoró; entonces le dijisteis quién sois y os siguió y le recibisteis para siempre por vuestro. ¡Oh, quién fuera tan dichoso! Si me hace mal tener ojos, cegadme, Señor, para que me volváis á alumbrar y yo me vea. Si me hace mal cuanto veo fuera de Vos, poned en Vos mis ojos y descubrid á este corazón para que me prendáis de vuestro amor. ¡Ah Señor! ¿Tanto estimáis á los despreciados del mundo, que yo hasta ahora estimé y desee ser estimado de él? ¡Oh pobre de mí, que no os merezco lo que merece este ciego! Desde que nació, hasta crecida edad, siempre fué mendigo y necesitado mientras no os vió; al punto que lo consiguió, no pudo sentir más necesidad ni miseria. ¡Oh riqueza desconocida del mundo! ¿por qué me dejáis andar tantos años mendigando tras de este errado mundo? Descubrid, riqueza mía; mostraos á mis ojos, grandeza infinita; y pues no quisisteis del ciego más que saber si creía y deseaba ver al Hijo de Dios para decirle luego quién sois, creo, Señor; quiero, Señor; deseo Señor, conoceros, veros y amaros; no me neguéis lo que me hacéis desear. Es verdad, buen Jesús, que el ciego no había visto cosas que le prendiesen el corazón, y los fariseos, presos de las aficiones de la tierra, nunca os conocieron. Yo soy otro tal. Mas Vos, Señor, no limitasteis vuestra virtud para los ciegos de nacimiento, pues no lo era San Pablo cuando le cegasteis para que os viese. Cerrad, buen Jesús, mis ojos para que no vea las vanidades, y quitad de mi corazón las prisiones de la tierra, para que os vea, luz de mis ojos, satisfacción de mi corazón, eterna, rica é infinita.

¡Madre de Dios y humildé sierva, que siempre os preciasteis más de esclava que de madre! Humillad mi corazón, sujetadle á la verdad y sacadle de los engaños de la vida, para que la verdad me libre de ellos. Celestiales espíritus y ciudadanos, que veis, ardéis y poseéis los bienes que amáis, eternos y soberanos; pues yo fui criado para ellos, sacad este pobre corazón de las cosas terrenas, para que, libre de ellas y de mí, viva con Vos siempre en Dios y para siempre. Amén.

TRABAJO XXIII

Ardides y celadas que le armaron para destruirle.

ADemás del pesado trabajo de la contradicción que el Señor padeció por la gente judaica, durísima y rebelde, hubo otro no menor, por cuyo medio los príncipes del pueblo, sacerdotes, letrados y fariseos, trabajaban por abatirle, desacreditarle y destruirle. Este fué las muchas celadas que armaban al Señor y los ardides que inventaban para cogerle en alguna palabra y tener de qué asirse y dar color al mal que le deseaban hacer; el cual, con mucha razón, puede contarse por uno de los particulares y principales trabajos que padeció; pues por tal le tuvo David, que le profetizó muchas veces: unas, con palabras lastimosas, encareciendo el mal que con sus lazos le querían hacer; otras, con cantar la victoria que el Señor tuvo de sus enemigos, y cómo se libró cayendo ellos mismos en sus lazos. *Está el malo—dice David—melido en celada para matar al inocente: en lo escondido le arma la trampa: su lengua está llena de malicia y de engaño.* En otra parte dice: *Armaron lazo á mis pies para prender mi alma.* En otra: *En este camino en que andaba me escondieron lazos los soberbios.* En otro salmo: *Atravesáronme lazos de muerte.* De este modo se quejó muchas veces, en persona de Cristo, de los muchos lazos y celadas que le armaban para cogerle, derribarle y tener ocasión de destruirle. Y eran en ésto sus enemigos tan excesivos é importunos, que cuantos consejos tenían acerca del Señor, se resumían en inventar ardides contra él.

Dondequiera que iba le seguían, y al punto que veían gente junta acudían á Él; y á cualquier caso que aconteciese concurrían á ver si podían hallar cosa en que le pudiesen coger; y á esto se ordenaba cuantas preguntas le hacían, las cuales muchas veces le proponían con descomodimiento, soltura, porfía y hablando unos sobre otros, amontonándose contra Él para sofocarle y cansarle. Así dice San Lucas que le sucedió un día en que el Señor les dijo cuán desventurados eran, porque teniendo en la mano la llave de la sabiduría, que es la Divina Escritura, ni ellos entraban, ni permitían entrar á otros; y oyendo esto los fariseos y letrados empezaron á estrecharle con fuerza, tirando á sofocarle con muchas preguntas y porfias, armando celada para cogerle en alguna palabra con que poderle acusar. No ponderó esto el Evangelista por tan encarecidas palabras, sino por el modo descomodido con que lo hacían, según tenían de costumbre; porque unas veces venían juntos los fariseos, que eran de una secta; otras agavillados los saduceos, que eran de otra; ya le enviaban sus discípulos con astuta disimulación proponiendo palabras blandas y lisonjeras, como cuando le consultaron acerca de los tributos del César, para ver si se ponía de parte de la libertad

del pueblo ó del emperador. Tal vez iban juntos con tumulto y de propósito, como cuando le llevaron la mujer adúltera para ver si la mandaba apedrear ó si la perdonaba; y así por otros muchos medios, como incansables en la malicia. Quedaban siempre vencidos; pero no dejaban de fatigar y cansar con sus artes y ardidés al divino Cordero.

Lo que en esto más espanta, es no haber cosa que alcanzase para detener la desenfadada malicia de estos perseguidores; porque Cristo dijo, *que el que obra mal, aborrece la luz para que no sean conocidas y culpadas sus acciones*; esto es, que ordinariamente el malicioso desea no ser entendido; y si lo es, se transforma en disimulado para encubrirse y hacer la suya. Pero éstos, aunque acometían con maña y disimulo, veían claramente que antes de hablar les penetraba el Señor sus pensamientos y se los decía, declarándoles á ellos mismos las murmuraciones que de El tenían en secreto, las artes con que le tentaban, las malas determinaciones en que andaban; y tenían mucha experiencia de que nada se le ocultaba. Por donde así como el Sabio dice, que en balde se arma la red á vista de los ojos de los pájaros (porque aunque brutos la naturaleza les hace tener miedo y extrañar lo irregular), así veían que en balde trabajaban contra quien todo lo veía y sabía antes que le pudiese perjudicar; y con todo eso presumían engañar aquella persona no torpe, sino de soberana y divina sabiduría. Además de esto todas las veces que le acometían con preguntas para cogerle en palabras, hallaban tales respuestas, que ni con toda su dañada y terca malicia tenían que replicar, y enmudecían forzados de la clara luz de la verdad. Cuando el Señor les preguntaba algunas cosas, con sus mismas respuestas los convecia, condenaba y avergonzaba delante del pueblo, que siempre quedaba entendiendo su ignorancia y burlándose de ellos. Sobre todo por los mismos medios por donde querían dañar á Cristo, se desacreditaban; porque ellos querían mostrarse justos y Santos y el Señor les decía quiénes eran, los yerros que introducían en la ley, y los deshacía con divinas y perfectísimas doctrinas. Mostrábeles tanta blandura, paciencia y sufrimiento en todo, que cotejado esto con sus alborotos, motines é inquietud de corazones y con las descubiertas celadas que ya todos le ponían, quedaban ellos conocidos y desacreditados en la opinión de la gente con quien querían medrar, y el Señor, á quien deseaban desacreditar, salía más honrado y glorificado.

Con todo esto, valió tan poco para con ellos la claridad de su malicia, y la bondad irreprensible del Señor, que vencidos por este medio y pericla del todo la vergüenza, ya que no podían prevalecer por crédito de santidad, como pretendían, se determinaron á lograrlo por la misma malicia y crueldad, tratando de quitarle la vida, como lo hicieron, permitiéndolo el Señor, que vino al mundo para morir por nosotros, y vencer muriendo. Pero ¡qué consajo ó qué prudencia podrá prevalecer contra la divina virtud y sabiduría! Dábale mucho trabajo esta tan obstinada malicia, como le dió

la muerte que por ella le dieron; pero en todo venció, sin que pudiese llegar á El ningún mal. Así dice David: *Sus llagas—esto es, el trabajo que dieron al Señor—son como de saetas de niños; desfallecieron los escudriñadores, y el hombre se levantó al corazón alto—como Dios que era—y quedó ese mismo Dios más ensalzado*. En otro salmo dice: *En vano me escondieron la muerte de sus lazos; en vano se desdeñaron de mí; venga sobre ellos el lazo que no conocen, y caigan en la trampa que armaron*. Así fué; porque ellos, presos de su malicia, cayeron en el lazo del demonio y de la divina justicia, que no veían, y el Señor quedó en todo victorioso.

Con esto queda entendido que la virtud no necesita más armas contra la malicia que á sí misma; porque el malo y perseguidor de ella, con ninguna otra cosa pretende destruirla, que con hacer de ella malicia, pues sólo ésta es la pollita que la consume y acaba; y todos sus ardidés tiran á dar á entender que la virtud es malicia, cuando del todo no pudiese quebrantarla y derribarla. Pero como es imposible que la virtud, si es perfecta, constante y verdadera, se parezca á la familia; forzosamente ha de quedar vencedora por sí misma. Así lo entendieron los filósofos antiguos que trataron de la verdadera sabiduría, que es la virtud. Máximo Tirio tuvo los muros y casa de la virtud por tan altos, que quien en ellos se hiciere fuerte, con ninguna cosa puede ser acometido, ni sirven para él las minas, los ardidés, ni los combates de la malicia. Séneca decía que la virtud consigo misma hace desaparecer todas las molestias y trabajos de la vida, no menos que el sol oscurece todas las luces pequeñas, y que tanto monta dar en la virtud, como si cayeran en el mar. David lo dijo mejor que todos: *No dejará el Señor que la vara de los pecadores domine la suerte de los justos, para que éstos no extiendan sus manos á la maldad*. La vara denota el cetro, poder, fuerza y señorío en que los pecadores estriban, y por donde se gobiernan, que es la maldad. Esta, dice, podrá combatir la suerte de los justos, que es su herencia, de la virtud, del amor de Dios, de las esperanzas del cielo y de la pureza de la vida con que contentan á Dios, y de que viven y se sustentan; pero nunca permitirá Dios que los pecadores tengan jurisdicción ó poder en tan divina riqueza, para que los justos no extiendan las manos á la maldad; lo que se puede entender de dos maneras: una, para que los justos no enflaquezcan, viendo que la virtud puede ser rendida á la malicia, y por tanto la sigan como mejor y más poderosa suerte. Otra, para que los justos no busquen otras armas de malicia para contrarrestar los maliciosos ardidés y combates, sino que tengan entendido que la fuerza de la virtud es invencible, y consigo misma se defiende de toda malicia.

Todo malo, dice la divina Escritura, *es ignorante*. Se ve esto claramente en el demonio, que parece muy sabio, y que ninguno tiene más artes; y fué tan ignorante, que puesto en el camino de la bienaventuranza y á la puerta de ella, no supo sino tomar el de la

perdición, que fué el mismo por donde pensaba subir. Tal es todo aquel que sigue la maldad; pues si los prudentes quisiesen poder más que los necios á fuerza de necesidades, todos serían necios. Esto mismo se verifica en la virtud, porque deshacer malicias con otras semejantes, será hacerse todos maliciosos. La verdad por sí se defiende de la mentira; la paciencia por sí vence la ira; la humildad por sí derriba la soberbia; y lo mismo en las demás virtudes. Por lo cual el siervo de Dios no ha menester más armas para defenderse y ofender á los contrarios de la virtud, que arraigarse mucho en ella, perseverar en ella y hacerse cada día más perfecto en ella; porque con esto desatina el perseguidor y se pierde. Es verdad que los que poco entienden y no siguen la virtud, tal vez piensan que pueden más los maliciosos, y que llevan la suya adelante, porque no ven á los virtuosos salir al teatro con las mismas armas de la malicia. Pero no entienden estos secretos sino los siervos de la virtud. Por el profeta Malaquías se quejaba Dios que los malos en el mundo se alaban de que pueden más que los que sirven á Dios, y juzgan que el servirle es vanidad y rigor, y que por último, los malos viven y llevan sus gustos adelante. Pero Dios dice: *Hay libro de memoria delante de Dios de los que le temen y se acuerdan de su santo nombre; y serán para mí en mi día mi hacienda, y les perdonaré sus defectos como el padre perdona á su hijo. Convertios y veréis cuánto va del bueno al malo, y cuánta diferencia hay entre el que sirve á Dios y el que no le sirve.* Conténtense los siervos de Dios con conocer esta diferencia y ser admitidos por Dios á ver este tan importante secreto, y certificados en la verdad que se los manifiesta; huéguense de sufrir con paciencia las ceguedades de los ignorantes y perseguidores maliciosos, que estos á su tiempo se verán engañados.

Un bien muy importante nos provino del trabajo que los malos dieron á Cristo con sus arides y celadas, que le sirvieron de ocasión de enseñarnos en cada una secretos muy divinos é importantísimos para luz de nuestra fe y encender su amor en nosotros. Apuntaré algunos para consuelo de los que le sirven, y recoger el fruto del trabajo que el Señor padeció por nosotros. Por las celadas que le armaron en sábado, una vez en la sinagoga y otra en casa del fariseo, nos enseñó que no se hizo el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre; esto es, para moverle á hacer bien y ocuparse en obras del servicio del Señor; y con aquellas curaciones que hizo el Señor en sábado, nos descargó de la supersticiosa observancia con que miran los judíos el sábado.

Cuando le tentaron pidiéndole señales del cielo, enseñó aquella temerosa é importante doctrina de que los incrédulos que no se aprovechan de las mercedes y señales que les dan para su bien, recibirán otras para su mal, sin distinción de personas. Así sucedió á los judíos, que viendo lanzar demonios y resucitar muertos, no creían, y pedían con malicia señal del cielo, y se les dió la resurrección del Señor para su condenación; porque con menos convirtió Jonás

á los Ninivitas, y con menos vino la reina del Austro desde el fin de la tierra á ver la sabiduría de Salomón; y ellos teniendo delante más que á Jonás y Salomón, no creían; y así lo mucho que aquellos hicieron con poco, y lo poco que en éstos obró lo mucho que recibieron, sería señal de su perdición. Y es un aviso importantísimo para los descuidados acerca de su salvación, y consuelo muy suave para los justos que en el pobre y humilde Jesús lo tienen todo; más riqueza, más gloria y más sabiduría que la de Salomón, que asombró al mundo; y más saludable remediator que Jonás, que predicó destrucción, y éste llama á suave conversación, á divinos tesoros y gracias.

Cuando le tentaron para cogerle en alguna palabra, sobre si era lícito al casado dar libelo de repudio á su mujer, pareciéndoles que ya que el Señor amaba tanto la virtud de la castidad, diría alguna cosa contra la ley, enseñó con esta ocasión la verdadera ley del matrimonio, que se hallaba pervertida por falsas inteligencias de los judíos; y dió su debido lugar á la sagrada virtud de la castidad, no conocida hasta allí en el mundo, ni enseñada antes por el Señor; y la ensalzó tanto, que la puso el nombre de angélica, y que los castos serían como los ángeles de Dios en el cielo; que es grandísimo esfuerzo para las batallas que en la Iglesia de Dios padecen por esta virtud sus siervos.

Cuando le tentaron acerca del poder con que hacía sus obras, nos declaró su divinidad, manifestando que el Mesías era más que hombre, pues era Señor de David, de cuya sangre venía según la carne. Y dió á los pecadores aquel gran consuelo, de que ellos y los publicanos que creyesen y se convirtiesen, precederían en presencia de Dios á los sabios y fariseos incrédulos, y que tendrían entrada en los bienes de que aquéllos fueren arrojados. Cuando le tentaron con el tributo del Cesar, para ver si era del partido del pueblo ó del emperador, á fin de malquistarle con el pueblo si declarase estar obligados á la paga, ellos por su boca publicaron, aunque fingidamente, aquella suavisima verdad que consuela y recrea á las almas: *Sois verdadero, y enseñáis con verdad el camino de Dios sin acepción de personas; y el Señor nos prefirió el orden de la paz interior, que es dar á Dios lo que le debemos, y al mundo lo que es suyo, sin trocar una cosa por otra, ni embarazar el corazón en bandos, ni en pretensiones excusadas.*

Cuando le tentaron preguntándole por qué no ayunaban sus discípulos, ayunando los de los fariseos y los de San Juan Bautista, se declaró por esposo de nuestras almas, y que mientras el esposo está en sus espirituales fiestas no se acuerda de otra cosa; porque ni entonces es penoso el ayuno ni sabroso el comer, sino sólo la conversión del Esposo divino, que lo llena todo y convierte todo cuidado y pena en sus placeres. Cuando le tentaron culpándole que sus discípulos no se lavaban las manos para comer, enseñó aquella importantísima doctrina de reformar al hombre interior; porque sólo el mal del corazón es el que hace daño, y éste se debe mirar como

principal, y todo lo demás, como cosa baja, no se debe estimar sino en cuanto ayuda al hombre interior. Cuando le tentaron haciéndole cargo de que comía con pecadores, enseñó el modo de la conversión del hijo pródigo; el cuidado y amor con que vino á buscar la oveja errada y la moneda perdida; y se declaró por Salvador de los pecadores, á quienes principalmente vino á buscar desde el cielo, y publicó la condición de aquel su dulce Corazón, que quería más la misericordia que el sacrificio. Y pues es lo que El quiere de nosotros, podemos creer que todo El es un sacrificio de misericordia para los necesitados y pecadores.

Cuando apareció en el templo en el día de la fiesta de la Esce-nopegia, habiendo días que andaba oculto, y se puso á predicar, y le mandaron prender, enseñó tan altas cosas acerca de las aguas vivas que recibiría el espíritu de los fieles, que hasta los alguaciles quedaron pasmados, y volvieron consolados, quedando nuestra fe más confirmada con los pregones que ellos iban haciendo de la grandeza de su doctrina. Cuando le tentaron con la mujer adúltera, para ver si la mandaba apedrear, y desacreditarle con el pueblo, ó si la perdonaba contra la ley para delatarle, enseñó el modo de acusar á los prójimos con el conocimiento propio, entendiendo que quien merece ser apedreado por sus propias culpas debe tratar de las ajenas con mucha cautela; y mostró la facilidad con que perdona á los pecadores, diciendo á la mujer: *Pues ninguno te acusa ya ni te condena, tampoco yo te condenaré; ve en paz y no vuelvas á pecar*; que es un genio dulcísimo con que á todos convida á buscar el perdón y enmendar la vida para no ofender á tan misericordioso Señor.

¿Qué diré de las doctrinas que dió cuando le tentaron, preguntándole cuál era el mayor de los Mandamientos? ¿Cuándo le preguntaron por la resurrección de los muertos? ¿Cuándo daba razón de sí y de sus obras al preguntarle quién era? ¿Qué diré de la traición de Judas y de lo que en eso hizo por convertirle, y de los consejos á los judíos que le llegaron á matar? ¿Cuántas doctrinas y ejemplos nos dió en estas ocasiones? ¿Cuántos bienes sacó para nosotros de todo esto, y cuánto nos convirtió en bien todos sus trabajos? Esta era materia larguísima, porque no pesan menos los divinos tesoros que nos sacó de la malicia de sus enemigos, que los que nos descubrió de su divino pecho; y tanto resplandeció para nosotros su luz en aquellas oscuras tinieblas, como en sí mismo, claro y divino Sol; porque en todo es uno y en todo se parece á sí.

Con esto queda entendida aquella verdad sagrada de San Pablo, que á los que temen y aman á Dios todo coopera en bien. Por tanto, los que se ven perseguidos de los malos y cercados de sus ardidés, pueden y deben pensar que tienen su caudal é intereses seguros en el temor y amor de este Señor; y deben ocuparse más en pedir á Dios que los perdone y los convierta, que en contrarrestar sus ardidés. No quieran mayor dicha que tener ocasión para mostrarse leales á su Dios, esforzados en el combate, vencedores de la mali-

cia, invencibles sustentadores de la virtud, é imitadores de su Maestro, enemigos de su enemigo el mundo, secretarios de las verdades que los malos no conocen y valerosos mantenedores de la honra del atribulado Jesús.

EJERCICIOS DE LOS ARDIDES DE LOS MALOS JUDÍOS, QUE EL SEÑOR SUFRÍO

Suavísimo Jesús, amor de mi alma, purísimo y fidelísimo amador de los vuestros, ¿quién se atreve á entristecer y afligir ese vuestro mansísimo espíritu de Cordero? Amáis y no sois amado; alumbáis y no sois conocido; recogéis á todos, y no sois buscado; andáis por los corazones de los hombres, como quien mendiga, y no hay quien os dé entrada, ni quien os ame, que es lo que deseáis. ¿Por qué, mi buen Jesús? ¿Qué hay en Vos para ser desechado, ó que puede haber fuera de Vos y sin Vos para ser deseado? No os cansen, Dios de mi alma, nuestros males; acordaos que digisteis que doce horas tiene el día. Poderoso sois para dar una buena en que seáis amado y conocido. Comenzad, Señor, por mí, á lo menos en esta hora de la tarde, que puede ser la última, ya que gasté las demás, y no en amaros; sea esta la hora en que comience á conoceros y poseeros del todo mi corazón. No os fueron menos aceptos los que estando ociosos todo el día, aceptaron por la tarde vuestro llamamiento, y fueron á vuestra viña, que los que trabajaron en ella todo el día; porque sólo los que no quieren llegar, os descontentan. Dividaos, pues, Señor, de lo pasado y tomadme desde ahora por vuestro. Ameos mi corazón, deseos mi espíritu, abráceos mi interior.

¡Oh! Cuando diré con verdad, ¿quién me apartará del amor y caridad de mi Jesús? Y si yo, oh suavidad mía, os amara de corazón, ¿cómo no diré esto de verdad? No me aparte de Vos el temor de la muerte, porque Vos sois mi vida; ni el amor de esta vida, porque deseo perderla por Vos; ni las virtudes celestiales, porque sois mayor y más glorioso que ellas; ni las cosas presentes, porque todas se acaban; ni las de por venir, porque en ellas no tengo que desear más que á Vos; ni la tribulación, porque Vos me consoláis en ella; ni la aflicción, porque Vos me aliviáis; ni el hambre, porque Vos me saciáis; ni la pobreza, porque Vos me enriquecéis; ni los peligros, porque Vos me aseguráis; ni la persecución, porque Vos me libráis; ni la espada y tormento, porque es suave por Vos; ni el cautiverio, porque por Vos es libertad; ni la libertad, porque me huelgo de ser cautivo de vuestro amor; ni las criaturas, porque todas son nada ante Vos; ni las mudanzas de la vida y los ardidés de los enemigos, ni las tentaciones de los hombres, porque todo lo convertís en bien. Si Vos, buen Jesús, os ponéis de mi parte, ¿quién será contra mí? Si con eterna caridad os disteis todo á mí, ¿cómo no me lo daréis todo con Vos? Amán'ooos soy fuerte, soy manso, soy sufrido, soy blando, todo lo creo, todo lo espero, sé desear cosas grandes, todo lo poseo, de todo mal huyo, porque amándoos os tengo, y nada me falta con Vos. Amándoos soy hombre, soy ángel, soy

ciudadano celestial; muerto á las codicias y pecados, vivo para Vos. Si no os amo, ¿qué bien tengo ó qué mal dejo de tener? Una sola pena tengo con vuestro amor, que es el dolor del tiempo en que no os amé, aunque es dolor de vivo; pero cuando no os amo ni lo siento, ¡oh, cuán muerto estoy! ¡Oh mi buen Jesús! Duéñame mucho el no haberos amado, para que estando vivo de vuestro amor, os ame mucho. Alumbrad mis ojos, buen Jesús, para que siempre vean la suavidad, blandura y caridad de ese vuestro Corazón, para que preso de vuestra hermosura, ninguna otra cosa tenga entrada en mí. Esto es, buen Jesús, lo que Vos deseáis, y por eso me sufrís y esperáis. Pues, Dios mío, llegue ya esta mi feliz y bienaventurada hora de amaros.

¡Oh buen Jesús, cuán muerto y perdido está quien no os ama! Sólo vive para el mal y para perderse. Está loco, porque sólo tiene para sí no gobernarse por Vos; está más que enfermo, porque piensa que sin Vos tiene salud; más que muerto, porque juzga que vive sin Vos. ¿Qué digo, Señor mío? ¿Quién podrá decir el infeliz estado en que se halla? ¿Qué peor puede ser que pensar el que puede ponerse contra Vos, y hallar en Vos cosa que tachar y acusar? Oh Jesús mío y Dios mío, ¿qué desatinos son estos del corazón humano que se halla desamparado de vuestro amor? ¿A Vos, luz divina, quiere obscurecer? ¿A Vos, divina pureza, quiere culpar? ¿A Vos, sabiduría divina, quiere engañar? ¿A Vos, divina verdad, quiere desmentir? ¿A Vos, Verbo eterno, quiere coger en palabras? Oh mi suave Jesús, ¿Qué más quiero saber de lo que pasa dentro de ese amoroso Corazón, sino que veis esto, y entendéis estas locuras, y calláis, y sufrís, y os dejáis tratar como cada uno quiere? Veis las ansias de estos malévolos, sus rabias contra Vos, sus infernales consejos contra vuestra divina virtud, sus ardidés contra vuestra inocencia y todas sus dañadas intenciones y artificios; pesáis con vuestra divina sabiduría quién contra quién, el por qué y para qué, el qué de todo, y veis, y calláis, y sufrís. ¡Oh Corazón sólo digno de ser amado!

¿Qué os falta, divino Corazón, para merecer el amor de todas las almas? Tan inmutable, tan invencible, tan blando en el tiempo de la ira, tan sufrido en el tiempo de la injuria, tan incansable en el tiempo de la tribulación, tan compasivo de los males de vuestros enemigos, tan ingenioso en convertirlo todo en bien, tan lleno de lo que no alcanza á comprender! Adórote, divino corazón. Adóroos, perfecciones soberanas é incomprensibles. ¡Oh mi mar de bienes! ¡Oh mi río de mercedes! ¡Oh mi fuego de pura caridad! ¡Oh mi tesoro de toda mi bienaventuranza! En esa paz, en ese sosiego, en esa blandura dormiré y descansaré. ¡Oh, si éstos os supieran armar ceñidas y lazos para cogeros para sí, cómo os dejarais caer en ellos! ¡Con qué gusto, mi Jesús, les manifestarais muchos secretos divinos, si os quisieran coger en palabras para ser enseñados! ¡Cómo os dejarais robar, si sólo desearan vuestros divinos bienes! ¿Por ventura, buen Jesús, es esto desacostumbrado en Vos? ¿Cuántas veces os

llamé y acudisteis, sabiendo que luego os había de volver á desechar? ¿Cuántas me perdonáis y aceptáis mi voluntad de no peear, sabiendo que luego he de volver á mis males? ¿Cuántas aceptáis los contratos que con Vos renuevo, sabiendo que luego los he de quebrantar? Parece que os dejáis engañar, porque ninguna cosa más desea ese vuestro leal amor, sino que llegue alguna hora en qué quedéis preso de amor y perpetuado en la casa del humano corazón.

Mas, mi buen Jesús, ¿quién tiene más ardidés? ¿Estos para cogeros, ó Vos para prenderlos á ellos y á mí? ¡Oh pobre de mí, que siendo yo una flaquísima criatura, no acabáis de haberme á las manos, como Vos deseáis! ¿Qué es esto, Señor, qué monstruo? Estos con sus ardidés se atrevían á Vos, divina é invencible virtud; los cuales como malos y terrenos no podían prevalecer contra Vos, Dios eterno y poder infinito; y siendo Vos este, y yo polvo y ceniza, ¿cómo no me lleváis á Vos al primer golpe? ¿Cómo huyo de les redes de vuestra caridad? En todo me armáis lazos para prenderme para Vos; con la tribulación, con la tentación, con la consolación, con las doctrinas, con las amenazas de vuestra justicia, con las mercedes de vuestra misericordia, con todas las cosas de la vida, del infierno y del cielo; y de todo me escapo. ¡Oh miserable de mí! ¿Qué digo, escapo? Otras desventuras me tienen preso, que me impiden estos vuestros lazos suavísimos. Desatad, Señor, mis cadenas y os sacrificaré hostia de alabanza y sabré invocar vuestro suave y santo nombre. Vida y remediator de mi alma, ¿cómo ha de ser esto? Vos me ponéis el lazo y queréis que me deje coger por voluntad porque no queréis amor forzado, pues no puede ser violento y ser amor. Pues, Señor, desatadme Vos de lo que me hace fuerza, y os amaré libremente; pues aunque así amo lo que me aparta de Vos, bien sabéis que la costumbre tiene hecha tan fuerte cadena de mis males, que veo el bien y casi no me puedo apartar del mal; deséooos, y no sé del todo desearoos; porque si fuera perfectamente ya estuviera con Vos. Sólo vuestra gracia puede romper esta cadena y librarne de mí y prenderme á Vos. Haced, Señor, vuestra obra, que es sólo vuestra, y prendedme de vuestro amor.

ADORACIÓN DE LAS VERDADES QUE EL SEÑOR NOS ENSEÑÓ CON OCASIÓN DE LOS ARDIDES DE SUS ENEMIGOS

¡Oh tesoro de todos los bienes! Infinitas gracias os doy porque no sólo me ofrecéis cuantos tenéis, sino que de todos los males me sacáis bienes. Infinitas gracias os doy por la fuerza de ese amor, que en lugar de condenar á vuestros enemigos como merecían, de todas sus malicias y ardidés me fabricáis divinas consolaciones, soberanas doctrinas y riquísimas verdades, para alumbrarme y prenderme Vos. Enseñadme, Señor, á conocerlas todas y adorarlas; imprimídlas en mi corazón para que por todas os ame, mi soberana fuente de bienes. Adóroos, mi Rey pacífico, que no quisisteis que fuese gobernado por la sabiduría de Salomón, ni llamado por las amenazas de Jonás que predicaba á los Ninivitas, ni hallase en Vos

cosas grandes de la tierra, sino que mi gobierno fuese más que Salomón, sabiduría eterna, riqueza infinita, reinado perpetuo, y que todo esto me excitase á vuestro amor y las obras de vuestra caridad. Oh mi más que Salomón, que con ninguna afección terrena podéis mudaros; más que Salomón, porque vuestra paz es interior llena de toda consolación; más que Salomón, porque vuestra riqueza y gloria no puede ser abatida ni deshecha; más que Salomón, porque sois todo de todos y todo mío; adóroos, pues sois más que Jonás, vencedor de la muerte, serenador de los mares, de las tribulaciones, perdonador de los pecados y suave agasajador de los pecadores. No permitáis, Señor, que estas mercedes sean condenación para mí, sino que las ame, y con ellas os sirva, y todas me sirvan de señal y remedio de vida eterna.

Adóroos, purísimo Jesús, amador de las almas limpias, por la estimación en que tenéis la pura y limpia castidad. Desprended, Señor, mi corazón de toda cosa terrena, para que ame esta virtud angélica. Y pues esto ha de ser don vuestro, y por tanto digisteis que no se daba á todos, vencid mis enemigos, y encended en mí el fuego de vuestra caridad, que sólo puede levantar este corazón terreno á pensamientos espirituales, y hacédele aborrecedor de toda terrena imaginación; purificadle y hacédele angélico. Adóroos, príncipe, capitán y remedador de los pecadores, que también quisisteis ser conocido por Pastor de ellos. Infinitas gracias os doy, por la franca entrada que abristeis en vuestro reino á los publicanos y pecadores. No quede yo, Dios mío, fuera. Si éstos han de tener gran lugar en vuestro reino, yo que soy el mayor de todos, ¿cómo quedará fuera? Convertidme á Vos, mi reparador y Salvador, para que convertido me aborrezca y os abraza y reconozca por mi Señor, por todo mi bien y toda mi gloria. Yo os adoro con verdadera fe y entero corazón, no como los malvados fariseos, con fingimiento y engaño; y confieso por mi Maestro de puras verdades; por luz divina, que mostráis las verdades del camino de Dios; por leal amador de las almas, que sin aceptación de personas franqueáis á todos ese divino corazón.

Enseñadme, Señor, á dar al mundo, al César y á los prójimos lo que es suyo conforme á vuestra ley, y daros á Vos, mi bienaventuranza, esta alma donde está vuestra imagen y donde escribisteis vuestra semejanza; y pues para Vos fué hecha, sólo sea dada á Vos. Quitadme, Señor, los tributos que como perverso y traidor quise dar á mis pecados y á vuestros enemigos, y pague toda la inclinación de esta alma á Vos; á quien sólo la debo. Adóroos, amigo verdadero, que tan claramente os publicasteis esposo de las almas. No permitáis que la mía pretenda otros amores. Oh mi divino esposo, sed Vos todo mi caudal, toda mi honra, todo mi festejo, todos mis placeres. Dadme, Señor, aquella vestidura de caridad, que queréis tengan todos los que han de entrar á estos desposorios. No escondáis nunca de mí vuestro rostro; oigan siempre mis oídos vuestra suave voz, para que huya de mí cuanto os descontenta, y os sea

esta alma leal esposa, sin dar entrada á otro ningún amor. Adóroos, divina sabiduría, que me enseñasteis procedía del corazón el bien y el mal. Vuestros purísimos ojos no se engañan por lo de fuera; á lo de dentro miran. Limpia, Señor, el mal que veis en este interior; renovad en mí un espíritu nuevo, para que no me arrojéis de vuestra vista. Oh, cuán fácil os es esto, buen Jesús; sólo para mí es dificultoso; pero mayor es vuestro amor y misericordia que mi dureza y ceguedad. Resplandeced, Señor, en las cuevas oscuras de este corazón, y hacéd que broten en él las fuentes de aguas vivas que corren hacia Vos.

Os adoro, Padre piadoso, amoroso recibidor de vuestros hijos pródigos y estragados. No merezco mirar al cielo ni ser del número de vuestros hijos; pero hacédm como el más pequeño de vuestra casa, que esto me basta. Adóroos, pastor de las ovejas erradas, que con amor buscáis á los que os huyen. Yo erré más que todas; alegrad vuestra casa con hallarme y salvarme. Os adoro, compañero divino de los necesitados pecadores. Entrad en esta casa miserable, obrad en ella vuestra salud y mostrad vuestra misericordia, pues ésta os gusta más que el sacrificio. Adóroos, verdadero refugio de los errados y convertidor poderoso de las almas perdidas. Así como con vuestras divinas palabras ablandasteis á los que os iban á prender, y confesaron que hablábais de un modo más que humano, convertidme á mí todo á Vos y hacédm ver vuestras verdades. Y así como no condenasteis á la adúltera cuando todos la dejaron en vuestro poder, recibidme también á mí, porque estoy muy seguro que de Vos no ha de proceder sino perdón, consolación, salud, gracia y amor.

¡Oh mi buen Jesús! Armen vuestros enemigos celadas, inventen ardidés, pues de cada uno habéis de sacar para esta pobre alma tantas riquezas. ¿Qué temo, buen Jesús, cuando recelo y se me figura pesada la batalla de las tentaciones, la mortificación de mi mala naturaleza, y recelo dejarlo todo por serviros? ¿Quién puede y quién quiere convertirme todo en bien sino Vos? Ninguna cosa os dió trabajo que no abriese para mí una fuente de misericordias. ¿Pues qué temo? Vos hacéis dulces las aguas saladas, sacáis agua de la piedra dura, serenáis las ondas del mar, de la muerte sacáis vida, ¿pues qué temo? ¡Oh buen Jesús! Dilatad y alargad esta corazón, para que con espíritu, con fe y con amor me arroje en ese mar de caridad con que me amáis, y en esos brazos de amor con que me gobernáis; para que ahí en Vos repose, en Vos os ame á Vos, en Vos os posea y sea de Vos poseído para siempre.

Oh Madre purísima, tesorera de las divinas gracias, que sólo vivís de este Señor, y con El sólo subisteis á la perfección y gloria que tenéis, levandme en pos de Vos, aseguradme en la fe y amor de este Señor, pues El sólo es mi seguridad y mi refugio. Celestial y gloriosa corte soberana, presa del amor de este Señor y rica de los tesoros escondidos para nosotros y ya manifiestos para Vos, destilad unas gotas de esas suaves aguas en este árido corazón, con

cuyo sabor suspire siempre por esa hartura soberana, hasta que merezca ser desatado é ir á vuestra bienaventurada compañía, en que se sacie para siempre. Amén.

TRABAJO XXIV

Ingratitud de los beneficos.

ENCADÉNANSE y acompañanse por la mayor parte los vicios, juntándose de manera que muchas veces los unos parecen padres é hijos, causas y efectos de los otros. De aquí resulta que los Santos llaman unas veces al amor propio causa de todos los vicios; otras dicen que la soberbia dió principio á todos; otras que la envidia les abrió la puerta; otras que el apostatar de la obediencia de Dios fué el principio de todo mal; y así, ya á unos vicios, ya á otros, les atribuyen la entrada; porque unos llaman á otros, y se abren tan mutuamente el camino, que cada uno parece ser la fuente de todo nuestro mal. Por tanto, es verdad que quien vence perfectamente un vicio, á todos les corta las raíces, y quien se deja cautivar de uno solo, á todos los demás les paga su tributo.

Entre todos los vicios dan los Santos al de la ingratitud tan particulares y tan perjudiciales atributos, que él sólo parece bastante para destrucción de las almas. San Bernardo dice, que es cosa mortal, contraria de la gracia, enemiga del alma, destrucción de los merecimientos, destierro de las virtudes, pérdida de las mercedes de Dios, viento que abrasa y seca la fuente de la piedad, del rocío de la gracia y de la corriente de las misericordias; enemiga de la salud, porque es uno de los que más desagradan á Dios; y á este modo hablan de ella todos los Santos, que ata las manos á Dios, que cierra la corriente de la fuente de todos los bienes, destruye los recibidos, inhabilita para los prometidos; y todo cuanto puede hacer perjudicial á un gran vicio, lo atribuyen á éste. Así en los tres años que el Señor trató descubiertamente con los judíos, mostraron tantos y tan perversos vicios, que cada uno de ellos parece haber sido causa de su perdición y de los trabajos que dieron á Cristo. La verdad es que estaban señoreados de tantos y era cada uno tan suficiente para causarles la perdición, que á ninguno puede atribuirse la ventaja. El vicio de la ingratitud no tuvo en ellos menor lugar que los demás, y podemos decir con verdad, que los otros dieron á éste fuerzas, haciéndole más arraigado; y que éste por la mucha posesión que había tomado en ellos, hizo á los otros más incurables y cerró la puerta para los bienes que tenían presentes en el Señor, no permitiendo que ninguno tuviese entrada en ellos; y de aquí, como de un estanque general, manaron todos los trabajos que dieron al Señor; de los cuales fué cada circunstancia tan pesada y penosa, que con razón puede cada una contarse por trabajo principal; porque cuando no hubiera otro, necesitaba para ella su invencible paciencia.

Bien claro se ve que este trabajo de recibir desagradecimientos continuos por beneficios divinos, mal pudiera pasarse con sufrimiento inferior al incomparable del Señor; porque nunca la ingratitud llegó á los extremos que El sufrió, tan grandes, que no pueden encarecerse con palabras. Unos desecharon sus mercedes, no queriendo recibirlas, como los sacerdotes y príncipes del pueblo, que por no debérselas, las disminuían; y cuanto más le debían, más odio le mostraban, por no manifestarse obligados. Otros que corrían en pos de El por aprovecharse de sus beneficios, se volvían contra El, si no les hablaba como querían, y por disminuir los recibidos, pedían otros que tenían por mayores, como hicieron los cinco mil hombres que hartó con cinco panes y dos peces, los cuales le buscaron para levantarle Rey, por comer siempre sin trabajo, reputando el hecho por tan grande, que les pareció bastante para hacerle Rey; pero como el Señor les dijese que no era aquella la intención con que le habían de buscar, empezándoles á hablar del pan divino que había de dar á los hombres en mantenimiento, al punto se volvieron contra El, teniendo por nada lo que había hecho, y le dijeron qué maravillas hacía para creerle, pues aún no le habían visto dar pan del cielo, como el maná, que en tiempo de Moisés recibieron sus antepasados en el desierto. Otros, después de curados no se acordaban más de agradecer el beneficio, como sucedió en los leprosos que sanó, de que se quejó el mismo Señor, en vista de que de todos los curados, solo uno, que era samaritano, acudió á darle gracias por la merced de haberle concedido la salud. De este modo, ya unos, y otros, pagaban las mercedes, con darle muchos trabajos, decirle injurias y contradecirle en todas sus cosas, como tenemos dicho. Y por remate y extremo de su ingratitud infernal, la misma gente tan curada, tan enseñada, tan favorecida y llena de mercedes, que en el día de ramos recibió á este Señor con fiesta, alabanzas y divinos honores, como venido del cielo, hizo liga con sus perversos príncipes y sacerdotes contra El; y de allí á seis días le negaron ante Pilatos, y le trocaron por un ladrón revoltoso y homicida; y los mismos que cuando los curaba decían que todo lo hacía bien, y que Dios visitaba por El su pueblo, clamaron que le diesen la muerte como perturbador, hechicero y peste del pueblo, y porque le matasen tomaron sobre sí su sangre. Y los mismos que se ahogaban por llegar á El y tocar sus vestiduras para quedar sanos, pidieron con gritos á Pilatos que le quitase delante de sus ojos y le crucificase. Y los mismos que despo laban los lugares para irle á oír en los campos y aprovecharse de sus favores, le sacaron de la ciudad con mayores tropeles, ruido y alboroto, llevándole al calvario con la cruz á cuestras, y le clavaron en ella con gritos y moñas que hendían el aire, sin haber quien se acordase de lo que le debían y de lo que perdían, y de cuanto les tenía merecido este Cordero. Y lo que hace todo esto más admirable en el Señor, es que no se engañaba con aquella gente, sino que cuando les hacía las mercedes ya sabía que las concedía á quien se las

había de pagar tan mal y con tan grandes extremos de desagradecimiento; y ni por eso dejaba de dar habla á las lenguas que hablan de pedir su muerte, pies á los que hablan de correr sin piedad á verle matar, y cuanto de El querían á los que le hablan de quitar la vida; mercedes divinas á Judas, que le había de vender; sanar á Malco, que había de ayudar á que le prendiesen, y favorecer con sus riquezas á sus mismos perseguidores, que le hablan de atormentar.

Las leyes encontraron razón y justicia contra el vicio del desagradecimiento, para que los padres desheredasen á sus hijos, y que éstos, en siendo ingratos, merecían perder los bienes del amor paternal; y para que los señores no hiciesen particulares mercedes á los criados ingratos, aunque de ellos estuviesen bien servidos. La razón humana juzga que la ingratitud justamente deshace las amistades antiguas, muda en odio los afectos, y todas las mutaciones de grande amor en perpetua separación quedan justificadas por el desagradecimiento, de tal suerte, que cuando se quiere hacer reconciliación de los que quebraron por esta causa, no se buscan más razones que la obligación de la virtud á manifestarse más donde parece que tiene menos razón de hacerlo. Pero al vicio del desagradecimiento no se le halla descargo ni disculpa, y tanto parece más refinado é insufrible cuanto le quieren hacer más leve, ni hay otra razón para sufrirle más que el no tener disculpa ó estar el ingrato ya conocido. Pero á esto con dificultad se rinden los grandes y desapasionados entendimientos, porque parece que el perdón redundaba en daño del ingrato, y el rigor, en virtud de justicia, del que fué mal agradecido. Sólo para el amor divino que Cristo nos tiene, y para la gracia y caridad que de este su amor comunica á los suyos, quedó reservado tomar del desagradecimiento materia para encenderse y reñirse más; y, por tanto, no sirve al amor divino de causa para trocarse en odio, sino de materia de más pena y trabajo, y para mostrar la fuerza y grandeza con que por todo pasa el divino pecho que eternamente nos ama, y para inventar y tener ocasión de abrir con el mismo desagradecimiento de sus enemigos, y los tormentos que por él le dieron, riquísimos tesoros de divinas y soberanas mercedes para ellos mismos; á fin que, cuando volbiesen en sí, conociesen que sólo á sí mismos debían recargarse, y que de parte de este Señor, á quien ingratamente desecharon y atribularon, se halla tan entero el amor que los tiene y el deseo de salvarlos, como si le fueran siempre muy agradecidos.

En esta clase de ingratos al divino Cordero y de obligarlos á su invencible sufrimiento y amor, entramos todos los hijos de Adán, y especialmente los que nacemos en su Iglesia, en los brazos de su fe y de su caridad, y tenemos delante de los ojos las esperanzas que su amor y Pasión nos descubrió de los bienes eternos, y las verdades que nos publicó de los caminos del cielo; porque á todo damos la mano, en ofreciéndose alguna afición, gusto ó apetito terreno, con tanto olvido de lo que le debemos y tan bajo aprecio de todo, como

si Él fuera el engañador y nuestros perversos engaños fueran verdades eternas. Ni pudiéramos correr á ellos con más afán y soltura, si fueran bienes del cielo, que lo que hacemos experimentando cada día sus mentiras. Y lo que más es, el despojo con que ingratos á cuanto le debemos, nos presentamos á su vista, hablamos con El en la oración y tratamos en su casa, como si con mucho amor y servicios le tuviéramos muy obligado. Así entramos y salimos en sus iglesias, y con tal desahogo andamos delante de sus ojos, como si no nos viera; de suerte, que con cada uno de nosotros necesita tanto sufrimiento para disimular, como el que tuvo con sus crucificadores.

Los teólogos confiesan, que cada pecado que se vuelve á cometer, tiene circunstancia de desagradecimiento, que le hace más grave; ¿pues qué grados de gravedad tendrán los que perdonados muchas veces, son repetidos muchas más? Juntando á esto el abuso continuado de los bienes corporales, por los cuales negociamos nuestra perdición, con las propias cosas que Dios nos preparó para salvarnos, la desestimación de los bienes espirituales, la facilidad de perder la gracia recibida y el descuido de volverla á recobrar, la desatención con que nos portamos con Dios, desechando sus inspiraciones y las mercedes que nos ofrece, el trueque que de ellas hacemos por bajísimas, torpísimas y envenenadas cosas de la vida, y cuanto más pesa para con nosotros el mundo, los hombres, los deseos, apetitos terrenos y todo lo que hay debajo de Dios, hasta las cosas que no sin rubor pueden ser imaginadas, cuanto digo, pesan más estas cosas que la divina Majestad, grandeza, verdad, eternidad, poder y gloria de nuestro Dios, de cuya bondad vivimos siempre y en todo y de cuya justicia de ningún modo nos podemos escapar; considerando (vuelvo á decir) esto, queda de nuestro desagradecimiento tan gran mar de males y perdición y una tan pesada é insoportable carga de ofensa de aquella divina Majestad, que no nos queda otra esperanza de remedio, sino aquella caridad que viendo anticipadamente todo esto, quiso ser crucificado por tan graves desagradecimientos, cuya caridad, así como le hizo morir por ingratos, le hará olvidar nuestras ingratitudes si á El nos volvemos. Mas no entendamos que estas dos corrientes de nuestros continuos desagradecimientos y de su perpetuo y amoroso sufrimiento, llevan su curso igual y uno junto á otro, porque si el de su amor enderezase el curso por otra parte y se apartase de nosotros, muchos días ha que cada uno diera consigo muchas veces en la eterna condenación. Sirva esto para correrros de nosotros, y sentir cuán mal pagamos á este Señor lo mucho que le debemos; porque si su tolerancia nos sirviera mucho tiempo para descuidarnos más en la ingratitud, podrá venir la hora que á El le sirva de justa ira y de apartarnos de sí con perpetua y desventurada separación.

La misericordia que en esta parte usa el Señor con nosotros, es digna de que le imitemos en todos los desagradecimientos que padecemos de las criaturas, y que la obligación de corresponderle valga más con nosotros, para hacer bien por su amor á los que no lo

merecen, que las humanas razones para dejarlo de hacer, por grandes y poderosas que sean; pues por tanto dice San Lucas, que Cristo nos obligó á querer bien á los enemigos; y el mismo Señor nos dijo: *¿Qué hacéis, si sólo amáis á los amigos? También los malos aman á quien los quiere bien. Y si hicieréis bien sólo á quien os le hace, ¿qué premio tendréis? También lo hacen los malos. A este modo enseña otras cosas, y concluye: Amad á vuestros enemigos: haced bien y dad donde no esperáis retribución y tendréis gran premio en el cielo y seréis hijos del Altísimo; porque El es benigno aún con los ingratos y malos. Sed, pues, misericordiosos, como lo es vuestro Padre.* Sin estas divinas obligaciones entendió Séneca los bienes que pierde el que deja de hacerlos al ingrato; porque cuando se le hacen los pierde solamente el que no los recibe, y más pierde el que no hace bien al ingrato porque lo desmerece; pues el que por este medio quisiere evitar el peligro de la ajena ingratitud, caerá en no hacer bien, que es más peligroso; y si es razón mirar á lo que el ingrato desmerece, mucho más cristianamente se debe atender á lo que cada uno se debe á sí mismo, que es no dejar de ser virtuoso por el mal ajeno; y más justo es hacer bien al ingrato para que su mal no me haga malo, que dejarlo de hacer porque no le haga mal ni bien; pues haciéndole bien no le doy ocasión de ser ingrato y aventuro hacerle agradecido; pero dejándolo de hacer queda el desagradecido como antes, tal vez más duro, y yo más imperfecto.

Con tan grande ejemplo delante de los ojos, como es lo mucho que recibimos de Dios, siendo siempre ingratos, no necesitamos muchas razones para mostrar cuán acepto le es imitarle en esto. Quien quisiere hacer bien, mire solamente á Dios, para hacerlo todo por su amor, como El se mira sólo á sí para hacérselo á nosotros; y fundado en esta intención, ninguna otra cosa le aparte de la de hacer bien. Después de eso determínese á no esperar agradecimiento de ninguno; porque la experiencia muestra que la más de la gente, en todos estados y calidades, por muchos bienes que haya recibido, se olvida de todo en la primera cosa que desea y se le niega; y por eso las más de las veces pierde tanto en las buenas obras que hace, cuanto espera de los hombres. El sabio dice, que la fe (esto es, la lealtad) del ingrato se consume como la helada del invierno y pasa como el agua sin provecho; porque no se acuerda de la buena obra que se le hace, más que mientras la ha de menester, y pasado ese tiempo, de tal suerte se olvida, que muchas veces (como dice en otra parte) se atribuye el pecador á sí mismo los bienes de quien le libró; y lo que es peor (como dice Séneca), por no parecer que debe, deshace lo que recibió y alarga las injurias. En pocas palabras declaró bien Séneca la ingratitud, que es peor que la ponzoña de las víboras, las cuales tienen en sí, sin daño propio, el veneno con que dañan las demás cosas; y el ingrato á sí sólo se daña y hace más perfecto á quien sobre todo eso le hace bien. Por donde ya que el ejemplo y verdad soberana de Cristo por una parte, y la razón na-

tural por otra, enseñan tan claramente la obligación que tiene el virtuoso de hacer bien á los ingratos, no me queda aquí más que decir sino que no hay cosa de que mayor envidia santa podamos tener en esta vida que de los bienes interiores que logra con Dios quien recibe males por bienes, y quien no deja de hacer bien á quien no se lo agradece. Y el que de esto dudare, entre los bienes del Señor y de lo que experimentare, parla conmigo, que yo tendré por rica joya sus obras.

EJERCICIO DE LA INGRATITUD QUE EL SEÑOR SUFRIÓ POR SUS BENEFICIOS

¿Qué es esto, buen Jesús? ¿Ningún trabajo ni aflicción quisisteis que os quedase por pasar? Aun sobre todos los trabajos que pasasteis por nosotros, sufristeis ser del todo desagradecido, y que vuestros contrarios tomasen de las mismas mercedes que les hacíais materia para seros más ingratos. Bendito sea vuestro amor, que tanto os hace sufrir. ¡Oh purísimo y suavísimo Jesús, dejadme ver el secreto de ese Corazón! Por una parte ninguno puede sentir más que Vos el desagradecimiento de los bienes, y nadie podrá imaginar cuánto os atribula; y por otra, cuando parece que son bastante tantos desagradecimientos para cegar los manantiales de las divinas aguas y mercedes que de ese pecho brotan, entonces arrojan fuera más gruesos y copiosos borbollones, y anegáis con mercedes á los mismos que las desechan; cuando parece que os ahogan con trabajos é ingratitudes, con ellas mismas abren en Vos fuentes de todo bien. Adórote, divino Corazón. ¿Quién más digno de ser amado sino Vos? ¿Quién más digno de ser adorado, alabado y servido sino Vos, copioso en amar, copioso en hacer bien y copioso en padecer por el mismo que con ingratitud os hace mal?

Ninguno puede vencer la grandeza y bondad de ese Corazón. Veis delante de vuestros ojos tan grandes extremos de ingratitud, que pretenden aniquilar vuestros divinos bienes y desacreditar todas vuestras mercedes; veis que os pagan con injurias, desprecios, afrentas, tormentos y muertes; que convierten contra Vos los mismos miembros que les curasteis, los mismos corazones que les enseñasteis y todo cuanto les disteis, y lo que esto os cuesta, Vos lo sabéis. Y con todo eso no se seca la fuente de bondad que mana de ese divino Corazón, ni se enfla el horno de divino amor en que arde, ni desesperáis á los ingratos del remedio, sino que aún los convidáis á que reciban nuevas y mayores mercedes. ¡Oh fuente de toda bondad! ¿Qué pudo desear aquella gente que la faltase teniendo á Vos? ¿Ni qué fundamento tenían para seros ingratos? Si no tenían que comer, vuestras manos eran el semillero de toda haritura; cuando sabíais que les faltaba no esperábais que os lo pidiesen, porque antes que ellos lo sintiesen os compadecíais de su necesidad. En Vos tenían médico y botica para sus cuerpos y sus almas; serenábais el mar en las tormentas; consolábais las viudas, resucitando sus muertos; temblaban de Vos los demonios; saltaban á vuestra vista los tullidos, y quien no os podía hablar, con toca-

ros sanaba. Enseñabais la pura verdad de la ley de Dios; á los que merecían pena los librábais de ella; á los que tenían culpa les perdonábais. ¿Qué más podían querer para el cuerpo, para el alma y para todo cuanto podían desear?

Con cuánta más razón se podía, Dios mío, decir por éstos lo que la reina de Austro dijo á Salomón: Bienaventurada tu gente, bienaventurados los siervos que están siempre delante de ti y oyen la sabiduría de tu boca. Porque Dios amaba á Israel le dió (decía) tal rey, que les hiciese justicia. Aquella mujer veía sólo lo que parecía exteriormente admirable en un hombre terreno; mas Vos, buen Jesús, mostrábais poder divino, sabiduría divina, amor divino y todos los bienes divinos. Si aquella gente era amada por tener tal rey, ¿teniéndoo á Vos, qué podía suspirar? Pero con todo eso nada os agradecen aquellos ingratos corazones; más quieren las hajezas de la tierra que á Vos, y no descansa su ingratitud hasta apartaros de sí y quitaros la vida. Quedan las plazas, las calles, casas, sinagogas y campos llenos de vuestras mercedes, y os arrojan de sí. Oh mi buen Jesús, ¿cómo no les quitáis las vidas, la salud y las demás mercedes que les hicisteis, y no lo recogéis todo á Vos, pues ni os quieren ni os lo agradecen? Adoro ese amor tan suave para los que no os quieren, y la compasión con que ese divino Corazón siente ser desechado. Abrid, Señor, en mi espíritu una fuente de amor, y derramad rayos de vuestra luz para que sepa conocer este mal y el bien de ese divino pecho. Derretidme para que ame lo que en Vos veo y aborrezca lo que á Vos os desecha. ¿Qué le queda á quien no os admite? Oh, cómo es verdad lo que dijisteis, que el que no os quiere viniendo del cielo lleno de soberanas riquezas en nombre de vuestro Padre Eterno, recibirá con los brazos abiertos á otro cualquiera que viniere en su nombre para engaño y destrucción. Se estimarán más á sí mismos que á Vos; al mundo más que á vuestros bienes; á sus codicias más que á vuestros tesoros, y trocarán la vida por la muerte perpetua. Vos sentís su mal, os duele su daño, y ellos sin Vos quedan contentos con sus males. Así se truecan los cuidados y sentimientos: ellos no sienten sus penas, y Vos pensáis y os atribuláis por ellas. Bendito y alabado sea ese amor eterno é infinito.

¡Ah mi Señor y gran sufridor de corazones ingratos, siempre tengo que llorar delante de Vos nuevos y antiguos males, viejas y renovadas llagas, que Vos sólo podéis curar! Yo, Señor, aunque no os conocí en carne, os creo en espíritu, y con todo lo que en la tierra hicisteis, labrasteis para mí fondos de infinitos tesoros. Tanto nacisteis para mí sólo, como para todo el mundo, y así como Vos no os acabáis, tampoco se perdió y consumió ninguna obra vuestra; todo para mí está reservado, entero y fresco. De esas mercedes vivo, ellas me sustentan, ellas me gobiernan, por ellas soy y por ellas espero lo que no veo y creo. Y siendo Vos tal, y todo lo que tenéis para mí, yo soy el más ingrato de los hombres y más desconocido á vuestras misericordias. ¿Cómo, Dios mío, estoy delante de

Vos, y cómo me atrevo á levantar los ojos? ¿Qué cuenta os he de dar, si me la pidiérais con justicia y rigor? Ah Señor, que merezco que todas vuestras misericordias se levanten contra mí, que todas vuestras mercedes me condenen, que toda vuestra bondad me confunda y todo lo que hicisteis para mi remedio me arroje de Vos. ¿Qué servicios os han hecho estos ojos, esta lengua, estos oídos, todos los miembros de este cuerpo, estas fuerzas, este entendimiento, esta memoria, esta voluntad, esta alma y todo este miserable pecador? ¿Qué ofensas dejé de cometer con todo eso contra Vos? ¿Qué alabanzas os di por el cielo, tierra, aire y elementos, por la salud, vida y bienes temporales que me dais? ¿O cuándo dejé de usar mal de todo con suma ingratitud y muchas ofensas vuestras? Pues si entrare en la paternal corriente de mercedes espirituales que me habéis hecho, y que me tenéis prometidas, y yo he perdido y desechado, ¿qué será de mí ante vuestro juicio? ¡Oh miserable de mí, si no me miráreis con la misericordia con que moristeis por los ingratos! Cuando me visitasteis, Dios mío, con vuestra suave presencia, se cautivaba mi alma de vuestra hermosura, que la hacía pesado todo lo de la tierra que de Vos la apartaba, que ninguna cosa sentía más que la necesidad de ocuparse en necesidades del cuerpo ó de la tierra; ¿qué vió en Vos para olvidarse luego saliendo de ahí, y olvidada distraerse por otros amores, y distraída desechar las verdades que tenía experimentadas? Vos no perdisteis ser quien sois, ni lo que hay fuera de Vos mudó tampoco el ser que tiene bajo y mudable; ¿pues qué razón tengo para trocaros por cosas en que nunca hallo lo que Vos me comunicáis cuando á Vos me llevo? Cuando me fuí á Vos arrepentido, luego me recibisteis, consolasteis y perdonasteis, porque conocí que sin Vos ninguna cosa me podía remediar, y que sólo uniéndome con Vos, me podía salvar. ¿Pues por qué me desprendí de Vos? ¿Por qué me olvidé de esas mercedes? ¿O qué hallé en las cosas que de Vos me apartan, para que por ellas os volviese á ofender? ¡Oh, cuán miserable estoy, Dios mío, ante Vos!

Acuérdose aquí el que se ejercita de las particulares mercedes que ha recibido de Dios, de los pecados que le ha perdonado, de las tentaciones de que le libró y del olvido que ha tenido de todo esto; cómo volvió siempre como el perro al vómito, y fué desagradecido á tan grandes y particulares mercedes; y esto con mucha humildad, dolor y conocimiento, y entonces prosiga con lo siguiente:

Oración sobre nueve Versos del Salmo «Miserere mei Deus».

Tibi soli peccavi, et malum coram te feci, ut justificeris in sermonibus tuis et vincas cum judicaris.

Todo esto me habéis sufrido, Dios mío, conociendo todos los quilates de mi profundo desagradecimiento. Y soy tal, que ni aun puedo prometeros por mi parte, que os seré de aquí en adelante agradecido á cuanto os debo; pero aun siendo tal, creo también la grandeza de vuestra misericordia. Paqué sólo contra Vos, porque

solo á Vos debo el bien que tengo, y solo Vos merecéis el amor de esta alma. Y aunque por ser Vos el ofendido me podía desesperar, por quien sois y por quien soy, todavía Vos sólo sois el sufridor y el perdonador amoroso, y el que sabéis dar remedio á los males que no le tienen. Pues, Señor, delante de vuestros ojos están todos mis males é ingratitudes. Así como me visteis y me sufristeis hasta ahora, para que ninguno juzgue de vuestra misericordia sino lo que hay en ella, y cuando parece que apartaréis de Vos con justicia los pecadores, entonces venocéis con piedad sus ingratitudes; así, buen Jesús, vena vuestra clemencia todos estos mis males. No cerréis para mí la fuente de vuestra misericordia, pues no es posible agotarla.

Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea.

Vos Señor, como miserable hijo de Adán, concebido en pecados y nacido en ellos, soy siempre desde el vientre de mi madre á ellos inclinado; y porque Vos conocíais esta inclinación del corazón humano á todo mal, dijisteis á Noé que no nos castigaríais como merecemos, por no aniquilarnos, sino que usaríais de sufrimiento y misericordia. Si conmigo no usáreis de ella, ¿qué será de mí, que siempre camino al mal, mi malicia convierte en ofensas vuestros beneficios, y mi ingratitud merece que de ellos me privéis?

Ecce enim veritatem dilexisti: incerta et occulta sapientiae tuae manifestasti mihi.

Vos, Dios mio, amáis la verdad, y por eso confieso que merezco no me creáis cuando os prometo la enmienda, ni me recibáis cuando ingrato y traidor me vuelvo á Vos, porque siempre os miento, y luego os vuelvo á ofender. Mas, Señor, ¿para qué descubristeis los secretos de ese Corazón? ¿Para qué me manifestasteis la sabiduría con que para todos mis males hallasteis soberanos remedios, sino para que de Vos lo espere todo cuando de mí estuviere más desesperado? Pudisteis haceros hombre por mí; pudisteis sin perder nada vuestro, morir por mí en una cruz; supisteis humillaros para ensalzarme; supisteis derramar vuestra sangre para santificarme; sin perder de vuestra grandeza me llenasteis de vuestros merecimientos, para que de esas vuestras eternas verdades esperase el remedio de mis mentiras é ingratitudes; y aunque el haberme enseñado tanto de Vos, acrimina más mis maldades, con todo eso, no me puede ya estar oculto, sino muy patente, que recibiréis al más perdido si se llegare á Vos arrepentido. ¡Oh amorador de la verdad, cómo podré ya desconfiar de ella!

Asperges me hyssopo et mundabor, lavabis me, et super nivem dealabor.

No desconfiaré, buen Jesús, pues tengo á mi favor vuestra sangre. No desconfiaré, porque mi confianza no pende como en la Ley

vieja, de la sangre de los sacrificios, que con la humilde hierba del hisopo se esparcía sobre el pueblo en figura de la vuestra; fúndase en la virtud de la que dimanó de esa humanidad que con su infinito precio me puedo limpiar y santificar de todo perfectamente. La pureza y corriente de esa limpiísima sangre puede lavar y hermo-sear con su blancura y resplandor la obscuridad de mis culpas y hacer más blanco que la nieve á este espíritu convertido en ceniza y carbón. Vos me podéis hacer de ingrato agradecido; de flaco constante; de inclinado á todo mal, deseoso de vuestro servicio; de aficionado á cosas terrenas por quienes os pierdo, lleno de amor puro con quien siempre me junte á Vos.

Auditui meo dabis gaudium et laetitiam, et exultabunt ossa humiliata.

Cuando así, buen Jesús, me hiciéreis todo á vuestro beneplácito y me mudáreis de mis bajas inclinaciones, se alegrarán mis oídos con vuestra voz, porque entonces abrréceré de veras las voces terrenas de que hasta ahora gusté; y todos mis huesos que ante Vos se hallan abatidos con tantas ingratitudes y condenados á justa sentencia de perdición, se convertirán en vuestro servicio alegres con esta misericordiosa mudanza; porque como todos sirvieron al pecado, no pueden pensar que podréis serviros de ellos, si vuestra voz no llamare este interior y exterior, para tener confianza de que todo en mí puede glorificaros, así como todo os ofendió.

Averte faciem tuam a peccatis meis, et omnes iniquitates meas dele.

¡Oh misericordioso Jesús!, ¿cuándo llegará esta hora de que me saquéis del piélagó de mis males é ingratitudes? Si su fealdad os ofende, apartad los ojos de ella y ponedlos en esta criatura que criasteis, que redimisteis y que amáis con amor eterno. Y si mis pecados se hallan tan pegados á mí, que no es posible verme sin ellos, mirad, Señor, el daño que hacen á esta criatura que amáis, para que se os olvide, y no veáis la ofensa que contra Vos cometí; porque curando con misericordia las llagas que me hacen, quedarán vuestras ofensas remediadas. ¡Oh Dios mio, quitad de mí estos males para que no los veáis cuando me miráreis! Ya que en esos misericordiosos ojos está mi remedio, apartad de mí mis pecados, para que no retiréis vuestros piadosos ojos, únicos remediadores de mis necesidades.

Cor mundum crea in me Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis.

Bien sé, Señor, que la luz y las tinieblas no pueden estar juntas y que mi terreno corazón se halla tan perjudicado de los perversos habitantes recibidos en él contra vuestra voluntad, que no puede vuestra grandeza y Majestad tener en mí el lugar que le corresponden. ¿Pero quién puede hacer casa en que habitéis, sino Vos que hi-

cisteis por vuestra medida mi corazón? Mestrad, pues, buen Jesús, vuestra virtud, con la que hicisteis de nada esta alma; volved á criar en mí un corazón nuevo, digno de ser vuestra morada. Y para que perpetuéis en mí vuestra mansión, renovad en este corazón vuestro espíritu aborrecedor de todo lo que os descontenta, y sólo amador de vuestra pureza y hermosura. Sin este espíritu, bien veis que todo en mí anda abatido, torcido, sin orden y sin fundamento, porque apartado de Vos no puedo tener sino engaños. Vuestro espíritu recto y perfecto es sólo quien me puede renovar en amor y conocimiento vuestro, teniéndome en Vos cautivo con firmeza.

Ne proicias me a facie tua, el Spiritum Sanctum tuum ne auferas a me.

No me desechéis, Señor, aunque yo os deseche; no me arrojáis de Vos, aunque yo os arroje de mí; no me escondáis del todo vuestro rostro, aunque yo muchas veces no le quise mirar, ni me dejéis endurecer totalmente en mis yerros, sin remedio. Si me quitáreis del todo vuestro espíritu ¿qué será de mí? Reinará en esta vuestra casa el espíritu de soberbia, el espíritu del error y de todos los males y desventuras, y se gloriarán vuestros enemigos de haber prevalecido contra Vos y haberos robado y poseído lo que era vuestro.

Redde mihi lactilium salutaris tui, el spiritu principali confirma me.

¡Oh Padre Eterno! Todo lo que hay en mí son desventuras de estos perversos huéspedes á quienes di entrada. A las almas que os aman vais con vuestro Hijo y el Espíritu Santo, cenáis con ellas, y ellas tienen con Vos divinos placeres, que sólo los que os aman experimentan y conocen. Yo, dando el amor á quien no debía, conozco que perdí la libertad de la virtud, y estoy cautivo; perdí la salud, y estoy enfermo; perdí la vida, y estoy muerto; porque desechando por mis vicios, con ingratisimo corazón, vuestras mercedes y vuestra compañía alegre y segura, no pude dejar de ser robado de todo bien y caer en tan tristes miserias. ¿Qué placer puedo tener viéndome tan perdido? Verdaderamente es del todo para mí este valle y destierro de puras lágrimas, pues no hay en mí cosa con que pueda respirar. Valedme, Padre eterno; restituidme la primera inocencia; venid á morar en esta alma; volvedme la alegría de vuestro divino Salvador y hacedme alegrar con mi Jesús, mi salud y todo mi bien. ¡Oh mi verdadera alegría! Arrebatad para Vos todo este interior, y para que nunca me contente cosa fuera de Vos, ni vuelva á mis acostumbradas ingratitudes, confirmadme en este deseo que me dáis, con un espíritu principal, fuerte é invencible, para que con todo mi interior y exterior corresponda á las obligaciones que os tengo, y acaben mis ingratitudes en un fervoroso, constante é inseparable amor vuestro, que sois mi salud, mi gloria, mi bienaventuranza, mi Jesús. Amén.

Riquísima reina del cielo, hermosa gloria del paraíso, pureza de

la naturaleza humana, honra de nuestra baja; así como nunca estuvo en Vos ociosa la gracia, y por tanto son incomparables las riquezas de vuestros bienes soberanos; así os hizo Dios tan perfecta, para remedio y auxilio de nuestras necesidades y miserias. Valedme, Señora; valed á este ingrato, desaprovechado y merecedor de ser arrojado de todo bien. Sea yo por Vos recibido otra vez en la casa del Señor, que tan perfecta os hizo, y sea confirmado en su amor, sin volverle á perder. Celestiales ciudadanos, seguros de vuestras riquezas, compadeceos de las mudanzas y peligros de los que aún peregrinamos en este valle de miserias. Alcanzadme perpetua memoria y deseo de esos soberanos bienes con que me fastidien los terrenos, y solamente suspire por vuestra compañía, sin mudanza. Amén.

TRABAJO XXV

Deseo fervoroso y humano recelo de padecer, y de la Transfiguración del Señor.

EL divino amor que continuamente ardía en el pecho de Cristo nuestro Señor, celaba tanto la honra del Eterno Padre, que con su muerte había de esparcir por el mundo, y las verdades católicas que con su pasión había de confirmar, y la redención y salvación de las almas que había de consumir con su sangre, que mientras vivió en este mundo no tuvo otro más riguroso atormentador de su suave espíritu, que este mismo amor que no sufría dilatar lo que tanto deseaba, y al mismo tiempo le hacía sentir como humano lo que había de padecer para que el trabajo con que había de consumir tan grandes cosas, fuese más continuo y más lleno de riquísimos merecimientos para los redimidos. Así debemos entender que no fué acaso (sino nacido de amor antiguo y muy deliberado) el suceso de la muerte y pasión, que por una parte anduvo deseando toda la vida, y por otra, sufriendo su dilación; sin que la brevedad de las veinte horas, poco más ó menos, en que consumió su pasión, se las hiciese menos sensible; pues no sufrió los dolores de sus tormentos sólo cuando en aquellas horas se los dieron, sino toda la vida con humanos y dolorosos recelos que su carne tenía continuamente de lo que había de pasar. Ya traté algo de este trabajo del Señor, entre los primeros que fué servido de pasar cuando encarnó en el vientre de su purísima Madre, y todavía nos resta tratar más en el principio de la segunda parte, al hablar de las agonias que padeció en el Huerto. Pero como esta corriente y río caudaloso de su amor se descubrió en la fuente de su Encarnación, y en el Huerto fué la boca por donde se metió en los dilatados é impetuosos mares de su sacratísima pasión; traté de este principio y fin particularmente, como de trabajos que merecen lugar determinado entre otros que el Señor padeció, porque en cada uno de estos tiempos tuvo particulares demostraciones y extremos.

Por la misma razón la continua y suave corriente que este río tuvo treinta y tres años por aquella larga azua de su divino cora-

zón (siempre lleno de parte á parte de un fervoroso amor de padecer y sentir la crueldad de sus tormentos), así como para El fué materia de continuo padecer, del mismo modo debe serlo, de señalado conocimiento y de muy particular gratitud para nosotros; porque á quien toda la vida anduvo en cuanto á la voluntad mortificado, no sólo se le debe la primera obediencia con que aceptó serlo, y la última ejecución con que murió clavado en la cruz; sino que también nos obliga el amor con que toda la vida lo deseó y la pena de lo que sabía había de padecer, que siempre atormentó á su sacratísima humanidad. Este continuo deseo y recelo de padecer (que le traían siempre ocupado) fueron declarados por El mismo en estas amorosas y divinas palabras: *Fuego vine á echar en la tierra; ¿qué quiero sino que se encienda? Yo he de ser bautizado en un bautismo; ¿qué aprietos padezco mientras no se acaba? ¿Os parece que vine á poner paz en la tierra? No, sino separación.* Y San Mateo dice: *No vine sino á poner en todo la espada.* Algunas veces llamó á su pasión bautismo, no sólo en este lugar, sino cuando los dos hijos del Zebedeo le pidieron los primeros lugares de su reino; pues entonces les preguntó *si se atrevían á beber su cáliz, y ser bautizados en el bautismo en que El había de serlo*; los cuales dos nombres de cáliz y bautismo (que es lavatorio ó baño) significan cosas de gusto, y por ellas nombra su pasión; porque como en ella se había de bañar con su sangre, y ésta había de quedarnos por piscina y baño de salud para nuestras espirituales llagas, no tenía su divino amor otro refresco más suave que verse metido en el baño y lavado con la sangre en que tantos bienes habían de encontrar las almas que vino á buscar desde el cielo con amor eterno.

Llena está la divina Escritura de las grandezas que logramos por la sangre de Cristo, diciendo ser sangre del Nuevo Testamento de amor, que con ella somos lavados; que esta sangre habla á Dios por nosotros; que Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, entró por virtud de su sangre en el *Sancta Sanctorum* del cielo; que por ella tenemos reconciliación con Dios, y redención de nuestros pecados y otras muchas cosas que nos muestran estar en ella hipotecado todo nuestro bien. Por tanto, dice San Pablo, que así como en la ley antigua nada se perdonaba sino por el sacrificio de la sangre, así nuestras mortales obras sólo son perdonadas con la sangre de este divino Cordero. Por tanto, como quiso ser bautizado por San Juan para santificar las aguas y para que creyésemos que por El tenían la virtud de santificarnos, así quiso bautizarse y bañarse todo en su sangre, para que supiésemos que no es sangre de ira y de muerte, sino de vida y perdón.

Todas estas mercedes que el género humano había de recibir por su sangre, las traía el Señor continuamente en su presencia, y ninguna cosa deseaba más que el perfeccionar esta obra. Así creo que cuando el Señor curaba enfermos, y por su palabra ó tacto veía que los cojos saltaban, los ciegos veían, los mudos hablaban, los muertos vivían y todos se alegraban, y juntamente que aquellas

mercedes alcanzaban entonces á pocos, y por su muerte con virtud de su sangre se habían de derramar por el mundo y llegar á cuantos las quisiesen recibir con más perfectas sanidades espirituales; entonces resultaba en su corazón un tan gran deseo y ansia de aquellos bienes generales, que le daba mucha pena el espacio de la vida que le dilataba la ejecución de tan grandes y amorosos deseos. Esto lo manifestaba en muchas cosas, especialmente hablando de ello muchas veces, que es el mayor indicio de lo que más ocupa el corazón; porque parece que á cada uno en cuanto ocurre le viene al caso hablar de aquello en que más vivamente se ocupa su deseo. Así Cristo nuestro Señor, viendo la ingratitud de los judíos, luego hablaba de la entrada que las gentes habían de tener en aquellos eternos bienes que ellos desechaban. Tratando de comer y de beber, alargaba la plática al mantenimiento de su cuerpo y sangre, que daba vida al mundo. Unas veces decía que tenía muchas ovejas en todo el mundo, que convenía llamarlas y recogerlas; otras, alegre en espíritu, decía que del Oriente á Occidente habían de venir á su mesa; ya enviaba sus discípulos para que mirasen las gentes que estaban en estado para llegar á la hoz; ya que levantándole en la cruz, todo lo atraería á sí; y á este modo todas las veces que se ofrecía ocasión, declaraba con amorosísimas palabras los inflamados cuidados que traía de remediar al mundo. Por esto cuando dijo que vino á poner fuego, y que ninguna otra cosa deseaba más que el que se encendiese, acordándose que con su sangre y muerte había de abrasarlo todo su amor, y dándole aquella memoria recreo al corazón, suspiró diciendo: ¡Oh, qué aprieto siente mi amor mientras se retarda el bautismo de mi sangre, en que me he de bañar, y con que he de hacer prenda este fuego en las almas con vivas llamas!

¿Qué más blandura, qué más amor, qué más solicitud, qué más leal amistad puede haber que ésta? No sé por dónde andan los hombres que no conversan mucho con el divino corazón de este Señor, tan descuidado de sí y solícito por nosotros; tan general para todos y tan particular para cada uno. Este es un claro espejo para que cada uno reconozca cuán cerca ó lejos está de este Señor, de parecerse á El y de los cuidados de su corazón; porque el mucho deseo que tenía de nuestro remedio le hacía pesadas las horas en que no le consumaba, aunque todas las llenaba de riquísimos tesoros de merecimientos para nuestro bien, y sólo este cuidado asaltaba y ocupaba su corazón. Yo pienso que los redimidos tienen otras tales ansias; mas no por El, sino por las cosas que El aborrece y que muriendo quiso quitar de nuestros corazones. A lo menos puedo afirmar, que en largos años de vida, pocas almas hallaron una hora en que les diese tanto cuidado la salvación, como las cosas contrarias á ella; que les sobresaltase verse apartadas de Dios, como las sobresalta perder lo que de El nos retira; y que tan vivo sentimiento tuviesen de verse lejos de El, como de las cosas que de allí las apartan. ¡Oh locura de los humanos corazones, que guardan todas las santas an-

sias y cuidados para la hora de las últimas agonías de la muerte, y piensan que el alma podrá entonces entre tantos temores de la cuenta que ha de dar, entre el miedo de los males que cometió, entre el recelo de las penas que merece, y entre las aflicciones de los dolores que la quitan la vida, acudir con prontitud y viveza al cuidado de su salvación, y al empeño de amar á este Señor de todo corazón (sin cuyo amor sobre todas las cosas nada se puede salvar), cuando toda la vida le arrojó de sí para emplearla en lo que entonces la aflige y atormenta. No lo hacía así este nuestro amigo fidelísimo. Una hora había tomado para dar toda su sangre y morir por nosotros, y todas las horas de la vida moría, porque esta última se le retardaba. Y si es verdad (como lo es) que no se debe menos á la voluntad con que las cosas se hacen, que á las mismas obras, tantas muertas debemos al Señor, cuantas memorias tuvo en la vida de la muerte que por nosotros había de padecer; porque cada memoria encendía en El nuevo deseo, nueva voluntad, nueva ansia y solicitud de verse bañado en su sangre por nosotros.

De este mismo amor y voluntad le nacía la otra parte del continuo tormento en que vivía, recelando y sintiendo los dolores que había de padecer; porque como había tomado las penas, dolores y tormentos para mostrar su fortaleza, constancia y fineza de su invencible amor, no quiso estar nunca sin esta prueba; sino que así como en su pasión mostró en los grandes extremos de dolores los sumos excesos del amor que ardió siempre en su corazón; así toda la vida hizo que su humanidad tuviese vivamente presentes los crueles tormentos y excesivas aflicciones que había de padecer, y recelar el gran trabajo que todo le había de costar, para que en esta leña de continuos sentimientos y recelos se cebase el amor, y continuamente ardiese en deseos de padecer lo que su carne tanto temía. Los hombres que tienen honra y valor, acostumbran buscar siempre en las batallas los sitios más peligrosos; y los que saben por experiencia el peligro que han de correr al oír tocar á las armas, padecen naturalmente con la memoria de lo que saben y de aquello en que se meten; padecen temblores, frios y otros extremos de flaqueza humana, los cuales cuanto parecen más flacos, son mayores demostraciones del esfuerzo que vence los naturales recelos y determina meterse en el combate muy otro de lo que antes parecía. En estos temblores vivía aquella sagrada humanidad, y en estos esfuerzos su divino amor; teniendo siempre la flaqueza natural un cruel combate, pero determinando el amor llevarlo todo por su medida; y entre estos dos aprietos de recelo y deseo de llegar á los mares de sus inmensos trabajos y crueles tormentos, vivió toda la vida aquel suave corazón de Jesús. Por eso, al acabar de decir el aprieto que sentía mientras no llegaba el bautismo de su sangre, añade luego: *No penséis que vine á poner paz en la tierra, sino cuchillo y guerra*; como diciendo: No ha de ser tan ligero pasar por el baño tan deseado, que deje de costarme mucha guerra, mucha separación de todo consuelo, mucha deshonra, mucha cruz

y tormento; porque el fuego que vine á echar en la tierra, y quiero prendá y crezca, se ha de mostrar y encender en las batallas que el alma ha de tener en las tentaciones de lo que le aparta de los verdaderos bienes; y pensando y amando ha de adquirir las riquezas del cielo, que mi amor vino á descubrir y prometer á la tierra. Yo mismo he de pasar por este camino y quiero que el amor que os tengo, sea conocido por el mismo estilo por donde el vuestro ha de ser probado.

Gran lección tienen aquí los siervos de Dios para consolación de las flaquezas y pequeñades de la naturaleza, que suelen servir de freno, y tiran por la fuerza del amor que los lleva á lo alto para que no suba y crezca; lo que para quien lo experimenta, es una carga muy pesada. El Señor, que sobre tan flacos y terrenos fundamentos fundó tan ricos edificios, ordenó que la flaqueza de la naturaleza en que la voluntad no consiente deliberadamente, no perjudique á la fineza del amor, antes le sirva para encenderle más, porque el sentimiento de las miserias humanas de este barro y sus dolores y aflicciones, cuando el espíritu está vivo y fervoroso, levanta más íntimos deseos y suspiros de la libertad que el corazón pretende, para dar y recibir sin impedimento, conforme á la divina liberalidad que siente sobre sí; cuando se esfuerza para acometer lo que la carne recela, y pasa la voluntad y fervor por todo lo que puede la flaqueza, son celante de los ojos del amador Jesús juzgados por mayores los quilates del amor, la batalla por más leal, la amistad por más fiel, y donde parece que la naturaleza cae, alcanza el espíritu más ricas coronas con este divino y experimentado Capitán.

DE LA TRANSEFIGURACIÓN

Una y otra cosa mostró el Señor en el misterio y circunstancias de su sacratísima Transfiguración, la cual fué una demostración y semejanza de los bienes y riquezas que tiene preparadas para sus amadores y cuantos se crucifican por su amor. Por eso, ocho días después de haber manifestado á los suyos la doctrina y camino real de la santa Cruz, y que por ella y no por otra quería ser de ellos imitado, ni conocería por suyo á quien no llevase su cruz en pos de él; y andando con deseo tan gustoso de ponerse en la cruz, que á cada paso movía esta conversación y memoria á sus discípulos, determinó darles alguna muestra de su gloria para dilatar los corazones de sus crucificados y enfervorizar sus espíritus con la experiencia de lo que se halla encerrado en la cruz. Para testigos de esto escogió sólo tres Apóstoles: Santiago, que había de ser degollado por su amor antes que los otros; San Pedro, que había de morir por El crucificado, y San Juan, que había de arder muchos años en amor suyo, después de acompañarle crucificado. Con éstos se apartó á lo alto del monte Tabor, que quiere decir pureza ó cosa escogida; y se puso en oración, para mostrar que ella es la fuerza más poderosa que el flaco y humano corazón tiene para todo el peso de

trabajos que necesita pasar para llegar al reino de los cielos, y la más viva fragua donde el amor se purifica y la criatura se transforma de baja y terrena en espiritual y celeste. Estando así orando, soltó el Señor la gloria de su alma, que para padecer tenía milagrosamente represada, y la dió licencia para que por poco espacio pasase al cuerpo, y éste quedó con ella más resplandeciente que el sol, y los vestidos más blancos que la nieve; enseñando en esto que si tanto tiene guardado para el miserable cuerpo que anda sujeto á corrupciones por la parte que le cabe de las tribulaciones, ¿qué tendrá preparado para el alma que sólo vive de su amor y en quien El reina?

Se aparecieron allí con el Señor, Moisés y Elías, á los cuales escogió Dios entre todos los Santos que había tenido el mundo, por ser más propios testigos del amor y cruz en que deseaba fundar los corazones de los suyos. Elías, que por la honra de Dios nunca tuvo descanso, perseguido y aborrecido de los malos, y que en carroza de fuego fué sacado del mundo, es retrato de los afligidos y crucificados, que sólo tienen descanso en el divino amor que les quita los pensamientos y aficiones de la tierra. Moisés, que vivía de la presencia del Señor, y con su amor y comunicaciones se mantenía, á quien el divino amor le hizo aborrecer tanto los regalos del palacio de Faraón, que más quiso la compañía del afligido pueblo de Dios que el gusto temporal del palacio, es significación de las obras que el amor de Dios hace en las almas que posee, que de tal suerte las tira y quita el sabor de todo, que el más suave sustento de la tierra es el riguroso y áspero que la naturaleza repugna, por cuanto en eso es donde más se refina.

Puesto el Señor entre estos dos amantes y amigos de su cruz, en aquella demostración de gloria en que su cuerpo estaba transfigurado, no se puede encarecer con palabras lo que sus corazones experimentaron con la vista de Dios humanado, á quien tanto habían deseado; porque veían la hermosura exterior de aquel cuerpo, y con vivísima fe la pureza y bienaventuranza de su alma, el amor de eterna caridad que en ella ardía, y los incomprensibles tesoros secretos que en cada cosa de estas se encerraban, que el humano juicio ni sabe entender ni puede declarar; y habiendo en cada cosa de las que en él veían, tanto en que gastar aquel breve espacio, no supieron en aquella gloria del Señor tratar ni hablarle de otra cosa más correspondiente al misterio que lo que veían, que aquel suave corazón de Jesús traía más presente y de que más gustaba, que era el exceso de amor á los hombres en que ardía, y las excesivas demostraciones que de sí había de dar en Jerusalén por gravísimos é inhumanos tormentos, afrentas y muerte cruelísima. Y así como el Señor decía muchas veces por menudo á sus discípulos los azotes, las bofetadas, salivas y cruz que había de padecer, como que en cada cosa de aquellas traía todo el sentido de su alma; así aquí, pasmados estos dos amantes del Señor de aquella tan admirable hermosura interior y exterior, y de aquel divino amor en que ardía,

le hablaban de la corona con que había de ser coronado, de la mutación que las bofetadas habían de causar en la hermosura de su rostro, y de las fuentes de lágrimas que sus ojos habían de derramar, y muy por menudo de lo que cada miembro había de padecer, de la invencible paciencia con que lo había de sufrir y del triunfo con que su amor había de consumir por este medio todo cuanto deseaba. Veían en esta conversación los fervorosos deseos de aquel suave Corazón para todo esto; la sujeción y entrega de aquella humilde naturaleza humana para padecerlo; ¡cuánto le había de costar y cuánto había de encenderse el divino amor en esta leña! Entendían que por no tener el Señor en su compañía discípulos que le entendiesen, los llamó allí para desahogar con ellos las ansias de su amor en que vivió hasta allí, viendo que se le difería lo que tanto deseaba, y de los temores que la humanidad había de pasar, los frutos que de sus trabajos esperaba sacar; y por eso en esta sola plática pasaron aquella hora, pasmados de lo que veían y entendían, hasta que adorando aquel divino amor, fueron de El consolados y despedidos por entonces hasta que le volviesen á ver glorificado.

Dejando lo demás que aquí pasó acerca de la admiración de San Pedro, de su olvido de todo lo demás, del deseo fervoroso de no salir de allí, imperfecto por entonces, y de la nube que los cercó, como también del miedo que tuvieron los Apóstoles, dos cosas merecen no pasar por ellas sin particular atención; una la voz del Padre oída en aquel lance: *Este es mi Hijo amado, en quien me complace; oídle á El*. En cuya voz no sólo aprobó el Eterno Padre todos los designios del amor eterno que su Hijo unigénito tenía á los hombres, y lo que por ellos determinaba hacer y padecer, declarando que también era de su voluntad y corazón paternal; sino también nos descubrió manifiestamente que sólo le sería acepto el que á este Señor oyese é imitase; porque como dándonos su Hijo, nos lo dió todo en El, no sólo quiere que le tengamos por reparador de nuestras queiebras y Redentor de las culpas, sino que también entendamos habérnosle dado por reformador de nuestros desórdenes, espejo de nuestras vidas, y Maestro á quien sólo debiésemos oír é imitar. Esto quiere decir: *En El me complace y á El debéis oír*. No dice de El, sino en El: porque de El y de su persona no había que decir; claro estaba, que siendo engendrado eternamente de su substancia, tanto se había de complacer de El como de sí; pero en El quiere decir, que estando Dios justamente descontento de las almas que crió por verlas sujetas á pecados y desórdenes, tomó por remedio, para contentarse de los que le desagradaban, á este su Hijo unigénito, al cual dió por cabeza de su Iglesia, y en El se contentará de todas las almas que por amor se le unieren, y de todas las obras que se parecieren á las suyas, y de todos los merecimientos que el verdadero amor hiciera participantes de los de éste, y no de otros, ni de otro. Por eso dijo el Señor, *si no estuviereis unidos conmigo por amor, no podéis dar fruto*, esto es, hacer obras de que Dios se satisfaga.

¡Oh, de cuántas cosas y de cuántas almas se descontenta Dios! Mirad, hijos de Adán, mirad, cristianos, los que de este nombre os preciáis, en qué tenéis la vida ocupada, y á qué tenéis el alma unida por amor; porque de todo lo que no tiene lugar y asiento en este Señor, se descontenta Dios. En El se complace de los cuidados que se asemejan á los de su corazón; en El se contenta de las ideas que corresponden á las de su amor; en El de las obras que imitan las suyas; en El de las almas que tratan de contentarle. En El quiso poner los ojos el Padre Eterno para remedio de complacerse en El de cuantos quieran ser suyos; pero quien trata tales cosas de que justamente puede correrse este Señor de tenerlas en sí, ¿cómo podrá Dios complacerse viendo obras que su Hijo desecha? Pues á *El oíd*, dice el Padre Eterno; oíd á El y cerrad los oídos á cuantas lenguas os engañan fuera de El. Dejo lo que aquí había que decir á los que tienen por oficio enseñar al pueblo cristiano la cosa en que más fuerza han de poner, que es el que oigan á este Señor y á todo lo demás cierren los oídos.

La otra cosa que se debe ponderar en el asunto, es haber mandado Cristo tener en secreto este misterio hasta que fuese glorificado; clara prueba de que no puede entenderse ni aun conjeturarse el secreto del amor y de la cruz, sino por quien trata muy de veras las cosas del cielo. De San Pablo dijo el Señor á Ananías, cuando le envió á que le bautizase, que El le mostraría cuánto le convenía padecer por su amor. Este lenguaje y verdad lo enseñó en el cielo, de donde vino tan alumbrado é inflamado en ella, que diciendo haber aprendido cosas que no podía el hombre hablar, todas por último las recopiló en Jesús crucificado, diciendo que ninguna otra cosa sabía sino á Jesús, y á Este crucificado, y le quedó tan familiar el padecer como el amar; con esto se entiende la razón por qué Dios desde que Adán pecó, nunca ha querido dar paz segura y durable al mundo, y jamás se la negó á los que le amaron, y siempre les dió la mayor parte de los trabajos de esta vida; porque como todo gobierno del mundo pende sólo de la predestinación de los escogidos que Dios tiene en este mundo como en escuela, aprendiendo la sabiduría del cielo y ejercitando el amor puro, todo se lo llena de tantos diluvios, que no puedan tener donde fijar el pie, sino en el arca donde se pueden salvar, que es Jesús; y en secreto les da tan suave paz, no conocida del mundo, que su experiencia les quita el miedo de las tribulaciones y el amor de lo que el mundo engañado estima, y enderezando sus cuidados á uno solo, que es Jesús, en El y en su paz descansan y duermen.

Por eso este Señor, entre los trabajos que por treinta años había pasado y entre los mares de su pasión, quiso dar á sus tres discípulos muestra de los secretos de su amor, de su cruz y de la gloria y paz interior que tiene guardada para sus verdaderos imitadores. Pero quiso que estuviese en secreto hasta que los corazones de todos estuviesen instruidos en el amor de las cosas del cielo, enervados con la vista de la gloria de la resurrección y confirmados

con la sabiduría del Espíritu Santo; porque no podían ser capaces de tan espirituales secretos, sino corazones alumbrados con amor, con sabiduría y conversación de las cosas del cielo. No esperaréis, cristianos, ver mejoría de descanso de vuestros trabajos en el mundo, que no es esta tierra para eso. Y conviene á los escogidos, por los cuales solamente es mantenido el mundo, que nunca tengan descanso ni paz, para que todos los intentos de los hombres que se emplean fuera de Dios, tengan por verdugo al mismo mundo, tras de quien andan engañados; y así, los olvidados de Dios, no descansan en otra cosa, y sus verdaderos amantes tengan miedo de poner su amor donde saben que le han de perder. En las perturbaciones que padecéis, busead la paz y consolación donde ella sólo está, que es en el divino amor y trato con Jesús, y experimentaréis aquella gran verdad que el inflamado Agustino vió en sí mismo después de convertido á Dios con todo amor, rompiendo los afectos desordenados de esta vida que le tiraban, y dijo que con gran gusto perdía las cosas que antes tenía miedo de perder.

TRABAJO XXVI

Agonia del Huerto.

COMENZÓ Cristo nuestro Señor los tormentos de su sacratísima pasión por el mismo género de trabajo con que dió principio á su vida, sintiendo los dolores, tormentos y muerte que había de pasar y los gravísimos pecados de los hombres por quienes venía á satisfacer, como dijimos en el primer trabajo. Llegado, pues, el tiempo en que tenía determinado cumplir la voluntad del Padre Eterno, y habiendo aceptado su obediencia con amor y total sujeción, lo hizo de tal manera, que no sólo quedase el Padre Eterno plenamente satisfecho, sino también los humanos y flacos corazones fuesen alentados é instruidos en su conocimiento y en el amor que sobre todo pretendía encender en ellos; pues de aquí pendían los frutos de todos sus trabajos. Esta fué la cosa que tuvo más presente en todo el discurso de su vida, y esta la que más deseaba conservar; y como quien se arroja á cosa muy deseada que ve presente, cuya ansia no sufre ni aun mínimas dilaciones, viéndose ya en la noche y hora en que había de ser entregado á sus enemigos, no esperó su amor á que los ánimos y manos de sus perseguidores fuesen los primeros que le atormentasen y derramasen su sangre; sino que El se puso á sí mismo en tan grandes extremos de aflicción, que ninguna otra de las que inventase la malicia de sus enemigos le pudiese ganar; porque como nunca pudo la furia de la maldad igualar al poder y fuerza del amor divino que le conducía á padecer, no pudo la malicia ser tan astuta para buscar invenciones de dañar, como lo fué el amor para darse á conocer. Por eso, en la entrada de su pasión, quiso hacernos patente que su amor y libre albedrío le llevaron á padecer, y que el poder y malicia de sus enemigos no